

NADIE PUEDE ENORGULLECKERSE AL CONFUNDIR DIATRIBA Y DEBATE ACADEMICO RESPUESTA DE OLIVIER DABENE A MANUEL A. SOLIS

Olivier Dabène

Resumen

En esta respuesta a las críticas que Manuel Solís ha dirigido al libro *Costa Rica: Juicio a la democracia*, el autor del libro lamenta el hecho de que el tono usado por Solís se acerque más a una diatriba que a lo que un sano debate académico exige. Se recalca las principales hipótesis presentadas en el libro acerca de la estabilidad democrática costarricense que no son discutidas en la crítica, y se subrayan las interpretaciones erróneas que hace Solís. Finalmente se emite el deseo que se abra una discusión seria sobre la democracia en Costa Rica.

Abstract

Responding to Manuel Solís' criticism of the book *Costa Rica: Juicio a la Democracia*, the author regrets the fact that Solís uses a style not suited to civilised academic debate. He presents the main hypotheses of the book concerning Costa Rican democratic stability that are not tackled in Solís' article and underlines his erroneous interpretations. Finally, he expresses the wish that a serious discussion be opened about Costa Rican democracy.

Hay dos maneras de leer las críticas que Manuel Solís dirige a mi libro *Costa Rica: Juicio a la Democracia*. La primera consiste en notar que el tono empleado se aleja mucho de lo que un sano debate académico exige de parte de un sociólogo con responsabilidad en una Universidad. La segunda consiste en olvidarse de eso para concentrarse en los argumentos científicos y contribuir al progreso del conocimiento de la sociedad costarricense.

Aunque no lo quisiera, tengo que detenerme, antes de hablar del fondo, sobre los problemas de forma.

Ante todo, Manuel Solís parece rechazar la posibilidad de escoger como objeto de estudio científico la estabilidad democrática de Costa Rica. Lo que hace él es tachar de "empresa pretenciosa" a todos los intentos, de parte de "costarricenses y de extranjeros", de

entender la "estabilidad democrática" de su país. Eso es una clara condena de las ciencias políticas en general, y de la ciencia política comparativa en particular, ya que Costa Rica es regularmente mencionada en todos los foros internacionales justamente por su "atipicidad" y es legítimo pues interrogarse sobre ella. Tal vez tenemos aquí una primera explicación de la reacción de Manuel Solís al leer mi libro: la ignorancia de los objetos de estudio de la ciencias políticas de parte de un sociólogo acostumbrado a explorar fenómenos menos globales. Hay un sinnúmero de ilustraciones de este punto en su artículo.

Más grave es el hecho de oponer los "costarricenses y los extranjeros" que trabajan sobre el tema, y los "nacionales", o sea según Manuel Solís la "mayoría de nosotros", que pueden sentirse afectados "un poco más allá de lo que sería racional e intelectualmente esperable" en caso de una "mala respuesta o una respuesta que se quede corta". De hecho,

* Ver: Manuel Solís. *Anuario de Estudios Centroamericanos* Vol. 18 (2)-1992.

el tono general del artículo de Solís es una ilustración de lo que puede significar "un poco más allá de lo que sería nacional e intelectualmente esperable". No estamos lejos de la intolerancia y eso me recuerda la época en la cual todo discurso un tanto diferente en Costa Rica era calificado de amenaza a la democracia (véase p. 168-181 y 336-344 de mi libro, aspectos que Solís no comenta en su artículo).

Por fin los lectores un tanto familiarizados con la epistemología o la historia de las ciencias conocen muchos ejemplos de polémica donde el tono es tanto más agresivo cuanto los argumentos sobre el fondo son pobres. Denigrar el método de reflexión es una manera de admitir una incapacidad de discutir las hipótesis de trabajo. Nosotros los politólogos estamos acostumbrados a provocar resentimientos de parte de los sociólogos. La política es una actividad globalizante y tiene que ser estudiada con un discurso que abarque todos los aspectos de la vida social, guste o no a un Manuel Solís.

No me detendré más sobre otros aspectos que puedan explicar el tono de Solís, sería polemica y usar argumentos que no me complacen. Prefiero pasar al comentario sobre el fondo.

Primera observación, el lector busca en vano el principio de un debate científico. Todo lo que hace Manuel Solís es criticar el método de trabajo que sería "irritante". Según él, no hay nada nuevo en el libro, sino "un resumen de trocitos de textos tomados de autores muy desiguales". Admito que para este trabajo hice un uso extensivo de la literatura existente sobre Costa Rica, leyendo casi todos los científicos sociales costarricenses contemporáneos, incluyendo los excelentes estudios de Manuel Solís. Nunca tuve la pretensión de renovar por completo el estudio de la democracia costarricense. Pero, Solís debe saber que la ciencia progresa por acumulación y solo los pretenciosos quieren reinventar el mundo en cada uno de sus escritos. Yo no. Además, el trabajo científico empieza con una revisión de las fuentes disponibles.

A mí me pareció que los académicos costarricenses habían producido excelentes trabajos en los cuales podía confiar. No sea quién se refiere Solís cuando habla de "autores desiguales", pero yo considero que todos

los trabajos mencionados en mi libro merecen más consideraciones. Por el resto, cada vez que no encontré estudios satisfactorios, o que un tema no había sido explorado, usé fuentes primarias. Todos los discursos presidenciales, toda la propaganda oficial a través de la prensa, la radio y la televisión, todos los actos cívicos realizados en una escuela, todos los editoriales de *La Nación*, todas las entrevistas mencionadas, todas las estadísticas recogidas en los diferentes ministerios, constituyen el grueso de las fuentes utilizadas en el trabajo y son fuentes primarias. No reconocerlo es hacer gala de mala fe.

Admito que muchos de los temas en el trabajo son controversiales y hubieran necesitado más comentarios. Pero justamente la idea era producir una síntesis de varios aspectos de la realidad costarricense para dar una base de sustentación a unas hipótesis generales. La idea era que cada aspecto de la realidad nacional tiene una contribución funcional a la estabilización de la democracia, volveré sobre ese tema.

Entremos ahora en los detalles.

Aparentemente Solís solamente leyó los dos primeros capítulos y el final, y le pareció suficiente para criticar todo el trabajo. En todo, no habla nunca del fondo sino que se dedica a denigrar el método de trabajo y el marco teórico.

Veamos:

Hablando del capítulo 1, curiosamente después del segundo, se queja de los saltos históricos y de la manera de hablar de la estratificación social. Solís no parece entender que estudio la estructuración social no por interés por la estructura social como puede hacerlo un sociólogo. Lo que me interesa es el grado de conflictividad de la sociedad, ya que analizo en qué medida la fragmentación del tejido y el modo de distribución social (rigidez) pueden amenazar la estabilidad del país. De este sentido, lamento el hecho de que Solís no tome la pena de discutir las hipótesis avanzadas sobre el carácter homogéneo fragmentado de la sociedad.

Solís empieza su artículo criticando el capítulo 2 del libro titulado "identificación cultural", porque no se "dice nada nuevo o sustancial en relación al vínculo entre cultura y política". Lo nuevo es precisamente considerar

la cultura política costarricense como un elemento explicativo de su estabilidad democrática, no en el sentido común del espíritu democrata supuestamente heredado de la colonia sino a partir de observaciones sobre un conjunto de actitudes y comportamientos culturales que facilitan la búsqueda perpétua del compromiso. ¿Está, o no, de acuerdo Manuel Solís con este argumento? No lo sabemos porque Solís no habla de mis hipótesis. Es una lástima porque me parece válida la idea, y otros también han recogido la idea de una cultura política de compromiso. Además me gustaría conocer la opinión al respecto de alguien que es director de un programa de investigación denominado "Subjetividad y Cultura Política".

Hablando de mi apartado sobre el proceso de socialización política. Solís pretende que "las particularidades de la socialización nacional no existen". No puedo sino aconsejar al lector referirse a las páginas 101-106, donde analizo el énfasis puesto en Costa Rica sobre la educación como vector de socialización, y en particular el cuadro 6 (p. 106) donde presento las actividades cívicas de una escuela primaria costarricense. Tal vez Manuel Solís no considera el sistema educativo costarricense como atípico en América Latina, en cuyo caso le aconsejo viajar un poco.

Después vienen críticas sobre mi concepción del 48, o mejor dicho sobre mi mala interpretación de los hechos históricos. Otra vez tengo que repetir que Manuel Solís se equivoca sobre mis intenciones. No quiero entrar en el debate que existe en Costa Rica sobre el 48. Al politólogo no le interesa la supuesta naturaleza del evento histórico sino que le interesa las consecuencias de dicho evento. En otros términos, puede ser que Figueres no haya estado tan alejado de los viejos liberales. Lo importante es reconocer que su acción histórica tuvo como consecuencia la emergencia de un nuevo orden político para Costa Rica. Si Solís quiere usarme para criticar indirectamente los autores costarricenses que menciono en el estudio del 48, está bien. Pero por lo menos podría detenerse un poco sobre el tema central de mi libro. Y hablando de este tema del 48, sin tocar el fondo aprovecha Solís para generalizar una vez más sobre mi método de trabajo. Eso es típico de todo el artículo de Solís. Saca lo que le conviene en el libro para dar sostén

a su resentimiento (incomprensible para mí) y evita toda discusión seria acerca de mis hipótesis sobre la estabilidad democrática.

Según él "hay temas importantes que quedan fuera" del trabajo. ¿Cuáles? No lo dice.

A propósito de los siete niveles de análisis de una fórmula política, Solís pregunta. "¿Por qué estos y no otros?" ¿Cuáles otros? Tampoco lo dice.

Es cierto que al pasar de una tesis de doctorado a un libro, tuvimos que sacar gran parte de unas cincuenta páginas de justificación teórica del uso del concepto de una fórmula política y de los niveles de análisis. Así que invito Solís a leer el texto original si necesita aclaraciones y estoy a la orden si quiere abrir un debate académico serio sobre la manera de estudiar la vida política de un país como Costa Rica o de cualquier otro sistema político.

Es fácil ridiculizar el "análisis sistemático" (del cual no soy fanático) pero una investigación se juzga también sobre sus resultados. Estoy también a la orden para discutir de los resultados de la investigación en un debate científico serio.

Lo menos que se podía esperar de parte de Manuel Solís era una discusión seria de las conclusiones. Sobre eso, nada. O casi nada. Aquí se puede reproducir la integralidad de los comentarios que Solís dedica al último capítulo.

"Lo que se dice en última instancia, es que la estabilidad democrática de Costa Rica sería la resultante de la interacción de los siete niveles presentados con sus inputs y outputs, algo que nos deja casi en el mismo lugar en donde empezamos, sin que el lector sienta ningún reto o sugerencia vivificante. El resumen hecho en el cuadro 24 sobre las tres características de la estabilidad costarricense es en este sentido ilustrativo. Hablar de democracia consociacional, sobrepolitizada y homeoestática es ponerlos nuevos nombres a las cosas pero no aclararlas. Por lo demás, los nombres son tomados de los trabajos de Lijphan. A lo que se llegó fue a una renombrar las cosas, pero no a entenderlas o, para decirlo metafóricamente, lo que Debène hizo fue reacomodar los muebles en la casa de un ciego".

No insisto sobre el carácter despectivo del estilo, indigno de un profesor universitario.

Pero para el lector tengo que aclarar:

1- La estabilidad es la resultante de la interacción de los siete niveles: claro! Fue la hipótesis de trabajo desde el principio, como está señalado en la introducción. Lo interesante es discutir el tipo de interacción característico de Costa Rica y que explica su estabilidad. Sobre eso, ningún comentario de Solís. El cuadro 23 (página 375 del libro), en particular, recoge las contribuciones de cada elemento de la fórmula política.

2- El cuadro 24 se encuentra en un apartado titulado "confrontación con otros modelos" en el cual se intenta comparar el caso de Costa Rica con otros que han sido estudiados por autores como Lijphart u otros. En este sentido, y contrariamente a lo que dice Solís, es muy aclarador descubrir rasgos en la democracia tica. Después de todo el primer trabajo científico consiste en nombrar las cosas correctamente. En este orden de cosas, el lector habrá notado que el concepto de "democracia consociacional" que menciona Solís no existe. El de "democracia consociacional" sí existe y se debe a Lijphart. El lector también habrá corregido el resto: el concepto de "democracia sobrepolitizada" no se debe a Lijphart, como lo dice Solís, sino a Zermeno y el de "democracia homeoestática" tampoco se debe a Lijphart sino que lo propuse yo. Otra prueba de que Solís leyó el libro un tanto rápidamente. De todos modos de ninguna manera el cuadro 24 pretende "explicar" sino comparar. El examen de las explicaciones existentes sobre la estabilidad democrática se hizo antes (páginas 362-371), con un síntesis en los cuadros 21 (p. 368) y 22 (p. 372). Sobre eso, nada. Y las hipótesis mías vienen después de esa, discusión (páginas 371-377). Tampoco Solís parece haber leído esa parte. No es el lugar aquí para reiterar esas ideas. Simplemente puedo apuntar que insisten de un lado sobre el clientelismo para canalizar las tensiones sociales y del otro sobre la dominación simbólica que ejerce la clase dominante.²

Puede ser que Solís juzgue mis hipótesis indignas de consideración. Es su derecho y lo respeto. Pero que no vaya a hacer creer al lector que mi explicación se limita a nombrar la democracia costarricense de democracia consociacional, sobrepolitizada y homeoestática

cuando con eso solamente me propongo abrir unas ventanas comparativas.

En fin, después de haber sido tan acerbo en su crítica sin referirse, como lo vimos, a los argumentos de fondo, y olvidándose de un 80% del libro, Solís señala "algunas exigencias elementales" que implica un "tema tan ambicioso como el escogido en este libro" Un tema que más allá califica, misteriosamente, de "tan altamente ideologizado".

¿De qué se trata? ¿Cuáles son estas exigencias? Primero, se trata de defender un enfoque "interdisciplinario". La sospecha que tenía al principio que algo de todo eso tenía que ver con una polémica entre disciplinas se verifica. Repito: los politólogos estamos acostumbrados a esta forma de recelo. No nos afecta. Simplemente, exigimos verdaderos debates científicos en los cuales se hablan de interpretaciones de hechos socio-políticos y no se pone en tela de juicio la honradez intelectual de los investigadores.

Segundo, Solís propone "otra perspectiva analítica" que sea "una integración historizada de las respuestas que se van encontrando y de las preguntas que sirven de punto de partida". Esperaremos los resultados de tal perspectiva para juzgar ya que no me parece muy claro el concepto.

Tercero: Solís quiere poner en "primer plano la pregunta radical sobre el por qué de las cosas". Es cierto que mi trabajo no se dedica a estudiar el POR QUE sino el COMO. No busco por qué hay democracia en Costa Rica sino cómo este tipo de régimen pudo estabilizarse en este país. Y más allá del caso costarricense, pretendo descubrir recetas de estabilización de cualquier tipo de régimen político. Aquí tenemos un verdadero tema de debate y lamento que Solís no se detenga más sobre este aspecto tan fundamental. Mi opinión es que no se puede de manera científica contestar a la pregunta: ¿por qué hay democracia en Costa Rica? Es más, la ciencia en general no está capacitada para contestar el Por qué. La religión o la ideología sí. Aparentemente, Solís tiene la opinión contraria y me interesaría oír sus argumentos.

Otra propuesta de Solís consiste en eludir "entrar en un problema tan global y tan delicado como el que se nos pone en este libro". Y propone estudiar "otros problemas",

tales como los procesos electorales, y al respecto Solís enumera unas cuantas preguntas que son efectivamente muy importantes, o la contradicción que existe entre la participación a las elecciones y el desencanto generalizado acerca de la actividad política. Sobre ese segundo problema, el lector podrá referirse a las obras clásicas de un Hirschman o de un Olson para discusiones teóricas.

Lo que parece interesar Solís es el sustrato subjetivo, simbólico o psicosocial de lo político. O sea cómo explicar que los Costarricenses sigan siendo tan leales a la democracia cuando el régimen ya no trae más beneficio para la mayoría de ellos. Es una pregunta muy clásica que encuentra su respuesta en la naturaleza del proceso de legitimación vigente. Es exactamente lo que mencioné en mi libro cuando hablo de "democracia performativa" o cuando menciono el famoso teorema de Thomas: "Cuando los hombres definen situaciones como reales, son reales en sus consecuencias". En otros términos, la democracia

sobrevive en Costa Rica porque todos los ticos están convencidos de que es inmortal. La sacralizan. ¿Cómo hace el régimen para que se mantenga esa creencia? es una pregunta de ciencia política que obliga a estudiar el proceso de socialización política y es parte de una pregunta más global sobre las condiciones de funcionamiento de las formaciones políticas. ¿Por qué el tico cree en la democracia? no es una pregunta de ciencia política. La dejo pues a Manuel Solís, esperando leer pronto su respuesta, y deseoso de abrir un verdadero debate científico.

Notas

1. Véase de Jorge Rovira Mas, *Costa Rica en los años 80*, San José Editorial Porvenir, 1989, p. 33.
2. Presenté estas hipótesis en un artículo en 1986: "En torno a la estabilidad política de Costa Rica: Tres paradigmas, dos conceptos, una fórmula", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 12(1): 41-52. Este artículo, en aquella época, no parece haber conmovido a Manuel Solís.